

12ª SESIÓN: LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

(MT 27; MC 15; LC 23; JN 18,28-19,42)

***“¡DIOS MÍO, DIOS MÍO! ¿POR QUÉ ME
HAS ABANDONADO?” (MT 27,46)***



INTRODUCCIÓN

Estimados amigos de la Biblia. Saludos fraternos

Comenzamos nuestro segundo comentario sobre la fase final de la vida de Jesús: SU PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN, a la que estamos dando una atención muy especial por la centralidad del misterio del amor de Dios por nosotros manifestado en la cruz.

El primer comentario lo dedicamos a los previos de la pasión: última cena, Getsemaní, prendimiento, interrogatorio de Jesús ante Caifás y negaciones de Pedro (Mt 26); este estará centrado en su pasión y muerte (Mt 27) y el tercero en su resurrección (Mt 28).

Tratamos el tema a partir de los relatos de los cuatro evangelistas. Lo hacemos así siguiendo la perspectiva del Papa Benedicto XVI, cuyo texto reproducimos con algunas adaptaciones

y añadidos'. Es por eso que, como punto de partida, deben leerse las narraciones de los cuatro evangelistas: Mt 27; Mc 15; Lc 23; Jn 18,28-19,42.

Antes de empezar, invocamos al Espíritu Santo:

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu creador y renueva la faz de la tierra.

CRUCIFIXIÓN Y SEPULTURA DE JESÚS

1. EL RELATO DE LA PASIÓN DE JESÚS

Los cuatro evangelistas nos hablan de las horas en las que Jesús sufre y muere en la cruz. Concuerdan en lo esencial del acontecimiento, pero con matices diferentes en los detalles. Son narraciones llenas de alusiones y citas del Antiguo Testamento. Lo que hasta ahora había sido sólo palabra se hace realidad.

1.1. EL CAMINO DE EMAÚS (LC 24,13-35)

Este texto es profundamente iluminador por mostrarnos el proceso de aprendizaje que tuvo que hacer la Iglesia naciente ante la muerte de Jesús. En un primer momento, que Jesús acabara en LA CRUZ ERA SENCILLAMENTE UN HECHO IRRACIONAL que ponía en cuestión todo su anuncio y su propia persona. En el largo coloquio de Jesús con dos de sus dos discípulos en el camino de Emaús, se describe cómo la oscuridad que les invade por dentro, se va aclarando poco a poco gracias a las palabras de Jesús (cf. v. 15), que les va mostrando cómo Moisés, los Profetas y «toda la Escritura», habían hablado ya de su pasión y muerte, de modo que LO «ABSURDO» ADQUIERE SENTIDO Y MANIFIESTA SU MÁS PROFUNDO SIGNIFICADO como victoria de Dios sobre el mal, el pecado y la muerte.

Emaús, insistimos, resume el proceso de búsqueda y maduración por el que tuvo que pasar la Iglesia ante la muerte de Jesús. A la luz de la resurrección, tuvo que aprender a leer el Antiguo Testamento de un modo nuevo. Nadie se había esperado

¹ JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret 2ª Parte: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid, Ed. Encuentro, 2011, p. 237-279, donde el lector encontrará más información.

que el Mesías acabase en una cruz, pero los hechos, al principio incomprensibles, dieron lugar a una nueva comprensión de la Escritura, fundamento de la vida de la Iglesia y fuente de inmensa alegría para los creyentes. La cruz, instrumento de tortura, resplandecía ahora como la mayor expresión del amor de Dios por los hombres.

1.2. EL SALMO 22

Entre las múltiples alusiones a textos veterotestamentarios en la narración de la Pasión, dos de ellos son de gran importancia, porque iluminan especialmente el acontecimiento: el Salmo 22 e Isaías 53. Nos detenemos en el primero.

El Salmo 22 es el gran grito angustiado del Israel que sufre al ver que Dios aparentemente permanece en silencio. La palabra «gritar», que tendrá una importancia central en el relato de la cruz, sobre todo en Marcos, caracteriza el tono de este Salmo, que comienza diciendo: «A PESAR DE MIS GRITOS, MI ORACIÓN NO TE ALCANZA». En los versículos 3 y 6 se sigue hablando de este grito que expresa la pena de quien sufre ante Dios, al que siente ausente. Al sufriente ya no basta con llamar o implorar. En la extrema angustia, su oración se convierte en un clamor.

Los versículos 7-9 hablan del escarnio que circunda al orante, escarnio que es un desafío a Dios y una afrenta al desdichado: «ACUDIÓ AL SEÑOR, QUE LO PONGA A SALVO; QUE LO LIBRE, SI TANTO LO QUIERE». El sufrimiento y la indefensión son interpretados como prueba de que Dios no ama al afligido. El versículo 19 habla del echar a suertes sus vestidos, como ocurrió a los pies de la cruz.

Pero a partir del versículo 23, la angustia se transforma en alegría por lo que sucederá con la resurrección. Así:

- El v. 26 dice: “EN LA ASAMBLEA LE ALABARÉ, CUMPLIRÉ MIS VOTOS DELANTE DE SUS FIELES”. En él, la Iglesia se reconoce como esa gran asamblea que celebra la resurrección de quien, poco antes, imploraba a gritos a Dios.
- El v. 27 añade: “LOS POBRES COMERÁN, QUEDARÁN HARTOS, LOS QUE BUSCAN A YAHVÉ LE ALABARÁN”, dando a entender que no solo el orante, sino que también todos los pobres y desvalidos se saciarán con el nuevo alimento: la Eucaristía.

- *El v. 28 anuncia: «VOLVERÁN AL SEÑOR TODOS LOS CONFINES DE LA TIERRA; ANTE ÉL SE POSTRARÁN LAS FAMILIAS DE LOS PUEBLOS», expresando que la salvación no llega solo al orante sino a todos los pueblos, preanunciando la universalidad de la Iglesia.*

Resumiendo: en este salmo la Iglesia intuyó que ella misma era esta gran asamblea, que el misterioso banquete nuevo que el Señor le había dado en la Última Cena saciaría también a los pobres y desvalidos y que el anuncio de la salvación llegaría a todos, de modo que la Iglesia la formarían gentes de todos los pueblos y naciones.

Así, el grito del salmista, y de Jesús en la cruz, no había sido en vano, sino que Dios le había respondido. La respuesta de Dios a su Hijo Jesús era la propia Iglesia, como comunidad, la Eucaristía como alimento para los más pobres y la promesa de la salvación para todos los pueblos. Respuesta, por tanto, espléndida.

Veamos ahora los elementos del relato de la crucifixión

2. JESÚS EN LA CRUZ

2.1. JESÚS ANTE PILATO (MT 27,11-26)²

Jesús es llevado ante el gobernador, Pilato, quien le interroga sobre su identidad llamándole “REY DE LOS JUDÍOS” (v. 11), título que únicamente habían utilizado antes los magos (Mt 2,2) y que motivó la matanza de los inocentes por parte de Herodes

Pilato no apela al motivo de la condena del Sanedrín: la blasfemia (Mt 26,65), sino que empieza su interrogatorio preguntando a Jesús si es rey de los judíos. ¿Habrían conseguido las autoridades judías cambiar la acusación del plano religioso al político para conseguir su condena por parte de Pilatos? Es posible.

Ante sus preguntas Jesús calla, imitando al justo sufriente (Is 53,7) y Pilato se extraña de que renuncie a defenderse lo que, más que inculparle lo hace inocente (v. 14). Sabe que lo han entregado por envidia e intenta liberarlo ofreciéndolo a los judíos como una alternativa a Barrabás, un delincuente conocido (v. 15-18).

² MARTA GARCÍA FERNÁNDEZ, *Mateo, Estella (Navarra), Verbo Divino, 2015, p. 308-312. En estas páginas el lector encontrará más información.*

En este momento su mujer le manda un recado porque ha tenido un sueño y le pide que libere a Jesús (v. 19). Por sueños fueron advertidos también José y los magos (Mt 2,12.13) de las intenciones de Herodes. Llama la atención que LOS PRINCIPALES DETRACTORES DE JESÚS NO SEAN LOS PAGANOS, SINO LAS AUTORIDADES JUDÍAS, que el v. 20 incitan al pueblo a pedir la liberación de Barrabás y la muerte de Jesús.

La situación se tensa con las nuevas preguntas de Pilato y las respuestas, siempre más agresivas, de los judíos (v. 21-23): “Y qué hago con Jesús a quien llaman el Mesías?” “¡Que lo crucifiquen!” “¿Qué ha hecho de malo?” “Que lo crucifiquen”.

Al ver que no puede controlar la situación, Pilato se lava las manos y dice: “¡Vosotros veréis!”. Es lo mismo que habían dicho los sumos sacerdotes cuando Judas se confesó culpable de haber entregado a Jesús: “A nosotros, ¿qué? Tú verás” (Mt 27,4). Como ellos, también Pilato claudica de buscar la verdad y hacer justicia.

Todo el pueblo asume la responsabilidad: “¡SU SANGRE CAIGA SOBRE NOSOTROS Y SOBRE NUESTROS HIJOS!” (v. 25). Se trata de una frase muy dura que generaliza la cerrazón de Israel, que no mide el alcance de una postura tan radical. El episodio concluye con la liberación de Barrabás y la sentencia de muerte de Jesús (v. 26).

Sigue la burla mordaz y grotesca de los soldados. Lo habían hecho ya en el sanedrín (Mt 26,67) y se repetirá en la cruz (Mt 27,39-44). En la primera el motivo era haberse declarado Mesías; aquí gira en torno al título “rey de los judíos”, tema del interrogatorio de Pilato, utilizando para ello las insignias reales: manto, corona y cetro (v. 28), pero a modo de parodia, pues el manto es escarlata, no de púrpura, la corona de espinas y el cetro una caña.

2.2. “PADRE, PERDÓNALOS”.

La primera palabra de Jesús en la cruz, pronunciada casi mientras lo crucificaban, es la petición de perdón para quienes lo hacen: «PADRE, PERDÓNALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN» (Lc 23,34). Lo que el Señor había predicado en el Sermón de la Montaña, lo cumple aquí personalmente. Él no conoce el odio, no grita venganza, sino que suplica el perdón para todos los que lo ponen en la cruz y da la razón de esta súplica: «No saben lo que hacen».

La referencia a la ignorancia volverá en el discurso de san Pedro en Hechos de los Apóstoles. En él el apóstol recuerda a la muchedumbre que se había reunido tras la curación de un lisiado: «Rechazasteis al santo, al justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida; pero Dios lo resucitó de entre los muertos» (3,14s). Y prosigue: «SIN EMBARGO, HERMANOS, YO SÉ QUE LO HICISTEIS POR IGNORANCIA, Y VUESTRAS AUTORIDADES LO MISMO» (3,17).

También Pablo había actuado por ignorancia antes de su conversión. Él mismo recuerda que había sido «un blasfemo, un perseguidor y un violento»; y añade: «PERO DIOS TUVO COMPASIÓN DE MÍ, PORQUE YO NO ERA CREYENTE Y NO SABÍA LO QUE HACÍA» (1 Tm 1,13). Él, que había estudiado con los mejores maestros, conocía y cumplía la Escritura y podía considerarse como un perfecto discípulo de la Ley, ahora, mirando hacia atrás, reconoce que había sido un ignorante. Pero es precisamente la ignorancia lo que le ha salvado, haciéndole capaz de conversión y de perdón. Esta combinación entre docta erudición y profunda ignorancia revela lo problemático de un saber que se cree autosuficiente, y por eso no alcanza la verdad que debería transformar al hombre.

Lo mismo sucede en la narración de los Magos de Oriente. Los sumos sacerdotes y los escribas saben exactamente dónde debía nacer el Mesías, pero no lo reconocen. SIENDO SABIOS, PERMANECEN CIEGOS (cf. Mt 2,4-6).

La coexistencia entre saber e ignorancia, conocimiento y profunda incomprensión, existe en todos los tiempos. Por eso la palabra de Jesús debe sacudir también hoy a los presuntos sabios. ¿Acaso no somos ciegos precisamente en cuanto sabios? ¿No somos quizás, justo por nuestro saber, incapaces de reconocer la verdad misma que viene a nuestro encuentro? La ignorancia atenúa la culpa y deja abierta la vía hacia la conversión, pero no nos exime de nuestra responsabilidad porque puede ocultar una dureza de corazón, una torpeza que resiste a la llamada de la verdad. Por eso es tan consolador que el Señor, tanto respecto a los que no sabían - los verdugos- como a los que sabían y lo condenaron, haya puesto la ignorancia como motivo para pedir que se les perdone: la ve como una puerta que puede llevarnos a la conversión.

2.3. LAS BURLAS A JESÚS (MT 27,39-44)

En el Evangelio aparecen tres grupos que se burlan de Jesús.

PRIMERO, EL DE LOS QUE PASABAN POR ALLÍ. Le repiten las palabras con las que Jesús mismo se refería a la destrucción del templo: «Tú que destruyes el templo y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!» (Mt 28,40). Desprecian al impotente y le hacen sentir su debilidad, al mismo tiempo que quieren hacerle caer en tentación, como ya lo intentó el diablo (Mt 4,1-11). No saben que justamente en este momento se está cumpliendo la destrucción del templo y está surgiendo el nuevo templo en la persona de Jesús

Al final de la Pasión, con la muerte de Jesús, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo (cf. Mt 27,51; Mc 15,38; Lc 23,45). Con eso se alude a dos cosas: por un lado, se pone de relieve que la época del antiguo templo con sus sacrificios, símbolos y ritos ha acabado, y que en su lugar surge Jesús crucificado que nos reconcilia a todos con el Padre; por otro, el velo rasgado significa que se nos ha abierto el acceso a Dios. Hasta ese momento nadie podía ver el rostro de Dios. Sólo una vez al año, el sumo sacerdote comparecía ante él. Ahora, Dios mismo ha quitado el velo y en el Crucificado se ha manifestado como quien ama hasta la muerte. EL ACCESO A DIOS ESTÁ LIBRE.

EL SEGUNDO GRUPO LO FORMAN LOS MIEMBROS DEL SANEDRÍN: sacerdotes, escribas y ancianos (v. 41), que dicen de Jesús crucificado: «¿No es el rey de Israel?; que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?» (Mt 27,42s; cf. Sb 2,18). Sin percatarse de ello, quienes se mofan así reconocen con su actitud que, precisamente en la situación de impotencia en que se encuentra, JESÚS SE REVELA COMO EL VERDADERO HIJO DE DIOS.

Precisamente en el escarnio, el misterio de Jesucristo se demuestra verdadero. Así como no se había dejado seducir por el diablo para que se tirase desde el pináculo del templo (cf. Mt 4,5-7; Lc 4,9-13), tampoco cede ahora a esta tentación. Él lo sabe: Dios mismo le salvará, pero de modo diferente al que esta gente se imagina. LA RESURRECCIÓN SERÁ EL MOMENTO EN EL QUE DIOS LO LIBRARÁ DE LA MUERTE Y LO CONFIRMARÁ COMO EL HIJO.

EL TERCER GRUPO SON LOS CRUCIFICADOS CON ÉL, que Mateo y Marcos caracterizan con la misma palabra (bandido), con la que Juan describe a Barrabás (cf. Mt 27,38; Mc 15,27; Jn 18,40). Queda claro así que se les califica como combatientes. Son crucificados junto con Jesús porque se les había declarado culpables del mismo crimen: resistencia contra el poder romano.

En Jesús, sin embargo, el tipo de delito es diferente. Pilato sabe muy bien que Jesús no había hecho nada semejante, por ello, en la inscripción de la cruz define su «delito»: «JESÚS EL NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS» (Jn 19,19). Hasta aquel momento Jesús había evitado el título de Mesías o de rey, o bien lo había puesto inmediatamente en relación con su Pasión (cf. Mc 8,27-31), para impedir interpretaciones erróneas. Ahora, el título de rey puede aparecer delante de todos y Jesús es proclamado rey públicamente en las tres grandes lenguas de entonces.

Es comprensible que los miembros del Sanedrín se vieran contrariados por este título, pero esta inscripción, que equivale a una proclamación como rey, está ahora ante la historia del mundo. Jesús ha sido «elevado» y LA CRUZ ES SU TRONO DESDE EL QUE ATRAE EL MUNDO HACIA SÍ. Desde este lugar de la extrema entrega de sí, expresión de un amor verdaderamente divino, Él domina como el verdadero rey, pero a su modo: de una manera que ni Pilato ni los miembros del Sanedrín habían podido entender.

En Mateo (27,44) y Marcos (15,32) los dos crucificados se burlan de él, pero en Lucas uno de ellos intuye el misterio de Jesús (23,39-43). Sabe que no era un violento y se da cuenta de que este hombre crucificado a su lado hace visible el rostro de Dios, es el Hijo de Dios. Y le implora: «JESÚS, ACUÉRDATE DE MÍ CUANDO LLEGUES A TU REINO» (Lc 23,42). Ha entendido, precisamente en la cruz, que este hombre sin poder alguno es el verdadero rey, aquel que Israel estaba esperando. Está con él en la cruz y quiere estar con él también, en la gloria. La respuesta de Jesús es clara: «HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO» (23,43). Son palabras que nos enseñan que Jesús sabía que volvía al Padre y que podía prometer el paraíso ya para «hoy». Sabía que, con su pasión y muerte, reconduciría al hombre al paraíso, del cual había sido privado, y a esa comunión con Dios en la cual reside su verdadera salvación.

El buen ladrón se ha convertido en la imagen de la esperanza, en la certeza consoladora de que la misericordia de Dios puede llegarnos también en el último instante. Incluso después de una vida equivocada, la plegaria que implora su bondad no es vana.

2.4. EL GRITO DE ABANDONO DE JESÚS

Mateo y Marcos dicen que, a la hora nona (hacia las 15,00 h.), Jesús exclamó con voz potente: «DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?» (Mt 27,46; Mc 15,34). Esta plegaria ha llevado una y otra vez a los cristianos a preguntarse: ¿Cómo pudo el Hijo de Dios ser abandonado por Dios? ¿Qué significa este grito? Este sentimiento de abandono nos desconcierta porque en este momento Jesús no aparece como un héroe ni un mártir alegre, sino como un simple ser humano que se siente olvidado por Dios.

Según el relato de ambos evangelistas, los que pasaban por allí no comprendieron la exclamación de Jesús, pues la interpretaron como un grito dirigido a Elías, confundiendo el término “Elí”: Dios mío, por “Elías”, lo que también es motivo de burla: “Vamos a ver si viene Elías a salvarlo” (v. 49). Sólo la comunidad creyente la comprendió como siendo el inicio del Salmo 22 y, como tal, la ha podido ver como un grito verdaderamente mesiánico.

No es un grito cualquiera de abandono. Jesús recita el gran Salmo del Israel afligido y asume de este modo en sí todo el tormento, no sólo de Israel, sino de todos los hombres que sufren en este mundo por el ocultamiento de Dios. SE IDENTIFICA Y LLEVA ANTE EL CORAZÓN DE DIOS MISMO EL GRITO DE ANGUSTIA DEL MUNDO ATORMENTADO POR LA AUSENCIA DE DIOS. Asume en sí su clamor, su tormento, todo su desamparo y, al mismo tiempo, los transforma.

La humillación pública de Jesús, el escarnio y los golpes en la cabeza de los que se mofan, los dolores, la sed terrible, el traspasarle las manos y los pies, el echar a suertes sus vestidos..., en definitiva, la Pasión entera, está como narrada anticipadamente en este Salmo, a pesar de ser muy anterior. Pero, mientras Jesús pronuncia las primeras palabras del mismo, se cumple ya la totalidad de esta magnífica oración, incluida también la certeza de que será escuchada, y de que se manifestará en la resurrección, en la formación de la «gran asamblea», en el saciar el hambre de los pobres y en la llegada de la salvación a todos los pueblos (cf. vv.

25SS). *EL GRITO EN EL EXTREMO TORMENTO ES AL MISMO TIEMPO CERTEZA DE LA RESPUESTA DIVINA Y DE SALVACIÓN, NO SOLAMENTE PARA JESÚS, SINO PARA «MUCHOS».*

Mateo habla de un último grito de Jesús sin palabras (v. 50). ¿Fue de desesperación o de confianza? Nos ayuda a entenderlo Lucas, que sí detalla su contenido: “PADRE, EN TUS MANOS PONGO MI ESPÍRITU” (Lc 23,46), expresando su entrega voluntaria en obediencia a la voluntad de Dios y en sintonía con Getsemaní.

Una y otra vez encontramos al mundo de «hoy» saturado de sufrimiento. Pero también «hoy» se da la resurrección y los pobres son saciados. No hay nada en el mundo en que vivimos que disminuya o elimine el horror de la Pasión de Jesús; al contrario, parece aumentar, porque lo que Jesús vive no es solamente una Pasión individual, la suya, sino que lleva sobre sí la tribulación de todos nosotros. Pero al mismo tiempo lleva también consigo nuestra redención, la victoria del amor de Dios sobre el mal, el sufrimiento y la muerte.

2.5. “TENGO SED”

Al inicio de la crucifixión, como era costumbre, ofrecieron a Jesús una bebida calmante, vino con mirra (cf. Mc 15,23), para atenuar los dolores insoportables, pero Jesús la rechazó. Quiso soportar totalmente consciente su sufrimiento. Al término de la Pasión, bajo el sol abrasador del mediodía, colgado en la cruz, Jesús gritó: «Tengo sed» (Jn 19,28). Como solía hacerse, se le ofreció un vino agriado, muy común entre los pobres, que también se podía considerar vinagre; se la tenía como una bebida para calmar la sed.

Ante esta escena dramática, ¿cómo no pensar en EL CANTO DE LA VIÑA del capítulo 5 del profeta Isaías? En ella Dios se queja a Israel. Había plantado una viña en una fértil colina, y la había cuidado con mimo. «ESPERABA QUE DIERA UVAS, PERO PRODUJO AGRACES» (Is 5,2). La viña de Israel no lleva a Dios el fruto noble de la justicia y del amor, sino que da los granos agrios del hombre que se preocupa solamente de sí mismo. PRODUCE VINAGRE EN VEZ DE VINO. El lamento de Dios en el canto profético, se concreta en esta hora en que al Redentor sediento se le ofrece vinagre.

No sólo Israel, sino también la Iglesia, nosotros, respondemos una y otra vez al amor solícito de Dios con vinagre, con un corazón

agrío que no quiere hacer caso de su amor. EL GRITO DE JESÚS: «TENGO SED» SE DIRIGE A CADA UNO DE NOSOTROS.

2.6. JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Según dicen los evangelistas, Jesús murió orando a la hora nona, es decir, a las tres de la tarde. En Lucas, su última plegaria está tomada del Salmo 31: «PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU» (Lc 23,46; cf. Sal 31,6). Para Juan, la última palabra de Jesús fue: «ESTÁ CUMPLIDO» (19,30), subrayando que amó a los suyos «hasta el extremo» (13,1). Este extremo cumplimiento del amor se alcanza ahora, en el momento de la muerte. Él ha ido realmente hasta el final, hasta el límite y más allá del límite. Ha realizado la totalidad del amor, se ha dado a sí mismo.

Los Evangelios sinópticos describen la muerte en la cruz como acontecimiento cósmico y litúrgico: el sol se oscurece, el velo del templo se rasga en dos, la tierra tiembla, muchos muertos resucitan. Pero hay un proceso de fe más importante que los signos cósmicos: “el centurión -comandante del pelotón de ejecución-, conmovido por todo lo que ve, reconoce a Jesús como Hijo de Dios: «REALMENTE ÉSTE ERA EL HIJO DE DIOS» (Mc 15,39). En Mateo no es solamente el centurión, sino también los que “estaban con él guardando a Jesús”, quienes confiesan la divinidad de Jesús, en contraste con el episodio anterior donde las autoridades judías se habían mofado de él ante la cruz, precisamente utilizando este título: “...Que Dios le salve... ya que dijo: Soy Hijo de Dios” (v. 43). Así, BAJO LA CRUZ DA COMIENZO LA IGLESIA DE LOS PAGANOS. Desde la cruz, el Señor reúne a los hombres para la nueva comunidad de la Iglesia universal. Mediante el Hijo que sufre reconocen al Dios verdadero.

Mientras los romanos, como intimidación, dejaban intencionadamente que los crucificados colgaran del instrumento de tortura después de morir, según el derecho judío debían ser enterrados el mismo día (cf. Dt 21,22s). Por eso el pelotón de ejecución tenía el cometido de acelerar su muerte rompiéndoles las piernas. Así se hace con los crucificados con él en el Gólgota: a los dos «bandidos» se les quiebran las piernas. Luego, los soldados ven que Jesús está ya muerto, por lo que renuncian a hacer lo mismo con él. En lugar de eso, uno de ellos traspasa el costado -el corazón- de Jesús, «Y AL PUNTO SALIÓ SANGRE Y AGUA» (Jn 19,34). Es la hora en que se sacrificaban los corderos pascuales. Estaba prescrito que no

se les debía partir ningún hueso (cf. Ex 12,46). Jesús aparece aquí como el verdadero Cordero pascual puro y perfecto.

Podemos por tanto vislumbrar en estas palabras una tácita referencia al comienzo de la obra de Jesús, cuando el Bautista había dicho: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Lo que entonces debió ser incomprensible –era solamente una alusión misteriosa a algo futuro– ahora se hace realidad. Jesús es el Cordero elegido por Dios mismo. En la cruz, Él carga con el pecado del mundo y nos libera de él.

Del corazón traspasado de Jesús brotó sangre y agua. La Iglesia ha mirado en el transcurso de los siglos a este corazón traspasado, reconociendo en él la fuente de bendición.

Los Padres de la Iglesia han visto en este doble flujo de sangre y agua una IMAGEN DE LA EUCARISTÍA Y EL BAUTISMO, los dos sacramentos fundamentales que manan del costado traspasado del Señor, de su corazón. Ellos son el nuevo caudal que crea la Iglesia y renueva a los hombres.

2.7. LA SEPULTURA DE JESÚS

Los cuatro evangelistas nos relatan que un miembro acomodado del Sanedrín, José de Arimatea, pidió a Pilato el cuerpo de Jesús. Marcos (15,43) y Lucas (23,51) añaden que José era uno «que aguardaba el Reino de Dios», mientras que Juan (cf. 19,38) lo considera un discípulo secreto de Jesús, un discípulo que hasta aquel momento no se había manifestado abiertamente como tal por temor a los círculos judíos dominantes. Juan menciona además la participación de Nicodemo (cf. 19,39), de cuyo coloquio nocturno con Jesús sobre el nacer y el volver a nacer de nuevo había hablado en el tercer capítulo (cf. vv. 1-8). Después del drama del proceso, en el cual todo parecía una conjura contra Jesús y ninguna voz parecía levantarse en su favor, venimos ahora a conocer EL OTRO ISRAEL: personas que están a la espera. Personas que confían en las promesas de Dios y van en busca de su cumplimiento. PERSONAS QUE EN LA PALABRA Y EN LA OBRA DE JESÚS RECONOCEN LA IRRUPCIÓN DEL REINO DE DIOS, el inicio del cumplimiento de las promesas.

Habíamos encontrado en los Evangelios personas como éstas, sobre todo entre la gente sencilla: María y José, Isabel y Zacarías, Simeón y Ana, además de los discípulos; pero ninguno de ellos

pertenecía a los círculos influyentes. AHORA, TRAS LA MUERTE DE JESÚS, SALEN A NUESTRO ENCUENTRO DOS PERSONAJES DESTACADOS DE LA CLASE CULTA DE ISRAEL que, aun sin haber osado declarar su condición de discípulos, tenían sin embargo ese corazón sencilló que hace al hombre capaz de la verdad (cf. Mt 10,25s).

Mientras que los romanos abandonaban los cuerpos de los ejecutados en la cruz a los buitres, los judíos se preocupaban de que fueran enterrados. Había lugares asignados por la autoridad judicial para eso, de modo que la petición de José entra dentro de lo habitual en el derecho judío. Marcos dice que Pilato se asombró de que Jesús hubiera muerto ya, y que primero se cercioró por el centurión de que era verdad. Una vez confirmada la muerte de Jesús, concedió su cuerpo al miembro del consejo (cf. 15,44s).

Sobre el entierro, los evangelistas nos transmiten varias informaciones importantes. Ante todo, se subraya que JOSÉ COLOCA EL CUERPO DEL SEÑOR EN UN SEPULCRO NUEVO DE SU PROPIEDAD, en el que todavía no se había enterrado a nadie (cf. Mt 27,60; Lc 23,53; Jn 19,41), lo que manifiesta un respeto profundo por este difunto. Al igual que el «Domingo de Ramos» Jesús se había servido de un borríco sobre el que nadie había montado antes (cf. Mc 11,2), así también ahora es colocado en un sepulcro nuevo.

Es importante además la noticia según la cual JOSÉ COMPRÓ UNA SÁBANA EN LA QUE ENVOLVIÓ AL DIFUNTO. Mientras los Sinópticos hablan simplemente de una sábana, en singular, Juan habla de «vendás» de lino (cf. 19,40), en plural, como solían hacer los judíos en la sepultura. Aquí no entramos en la cuestión sobre la concordancia con el sudario de Turín; en todo caso, el aspecto de dicha reliquia es conciliable con ambas versiones.

Finalmente, Juan nos dice que NICODEMO LLEVÓ UNA MIXTURA DE MIRRA Y ÁLOE, «UNAS CIEN LIBRAS». Y prosigue: «Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos» (19,39s). Pero la cantidad de aromas es extraordinaria y supera con mucho la medida habitual: ES UN TIPO DE SEPULTURA PROPIO DE UN REY. Así, en el instante en que todo parece acabado, emerge sin embargo de modo misterioso su gloria.

Los Evangelios sinópticos dicen que algunas mujeres observaban el sepelio (cf. Mt 27,61; Mc 15,47), y Lucas puntualiza que eran las mujeres «que lo habían acompañado desde Galilea (23,55). Y añade: «A la vuelta prepararon aromas y ungüentos. Y el sábado guardaron reposo, conforme a lo prescrito» (23,56). Tras el descanso sabático, el primer día de la semana por la mañana, fueron para ungir el cuerpo de Jesús y así dejar lista la sepultura de manera definitiva. La unción es un intento de detener la muerte, de evitar la descomposición del cadáver. Pero es un esfuerzo inútil porque no puede restituirle la vida.

La mañana del primer día las mujeres verán que su solicitud ha sido una preocupación demasiado humana. JESÚS NO TIENE QUE SER CONSERVADO EN LA MUERTE, SINO QUE ESTÁ VIVO. Dios, de un modo que sólo Él puede hacer, lo ha rescatado de la corrupción y del poder de la muerte. ES LA MAÑANA DE LA RESURRECCIÓN.

3. LA MUERTE DE JESÚS COMO RECONCILIACIÓN Y SALVACIÓN

Antes de concluir, veamos una cuestión importante: cómo la Iglesia naciente, bajo la guía del Espíritu Santo, fue ahondando lentamente en LA VERDAD MÁS PROFUNDA DE LA CRUZ: SU MOTIVO Y SU OBJETO. Una cosa estaba clara desde el principio: con la cruz de Cristo, los antiguos sacrificios del templo quedaron superados definitivamente. Había ocurrido algo nuevo.

Dios no quería ser glorificado mediante sacrificios de toros y machos cabríos, cuya sangre no puede purificar al hombre de sus pecados. El nuevo culto anhelado se había hecho realidad. EN LA CRUZ DE JESÚS SE HABÍA REALIZADO LO QUE LOS SACRIFICIOS DE ANIMALES NO PODÍAN HACER: EXPIAR LOS PECADOS. El «Cordero de Dios» había cargado sobre sí el pecado del mundo y lo había crucificado con él, restableciendo y renovando la relación de Dios con el mundo, perturbada por la culpa de los hombres. La reconciliación se había cumplido. Pablo lo expresó así:

En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino reconciliándonos con él... en nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! (2Cor 5,19-20).

Nosotros, al hablar de la pasión y muerte de Jesús solemos decir: “Cristo ha expiado nuestros pecados y nos ha reconciliado con Dios. ¿QUÉ SENTIDO TIENE LA PALABRA “EXPIACIÓN?”

El Diccionario de la Real Academia Española (RAE) define el verbo “expiar”, entre otros sentidos, como “Borrar las culpas, purificarse de ellas por medio de algún sacrificio”. En las Escrituras expiar “consiste en padecer el castigo de los pecados, con lo cual se eliminan los efectos del pecado y el pecador arrepentido queda absuelto de cualquier pena y puede reconciliarse con Dios”. Es lo que hizo Jesús en su persona: la expiación por toda la humanidad.

Este lenguaje ha dado lugar a una interpretación según la cual Dios, ofendido por los pecados de los hombres, necesitaba una expiación, es decir, ser resarcido por alguien que se sacrificara y sufriera para pagar por las ofensas recibidas, compensarle por todo ello, y evitar así el castigo que estos merecían.

Este lenguaje es muy peligroso porque nos acerca a las costumbres de algunos pueblos de ofrecer sacrificios humanos a los dioses para apaciguarlos en caso de sequías, epidemias u otras desgracias o para aplacar su ira ante los pecados de su pueblo, lo que proyecta una idea de Dios cruel e inhumano que exige sacrificar a alguien, en este caso a su propio Hijo, para no descargar su furia sobre nosotros. ¿Fue esto lo que pasó en la pasión de Jesús? Evidentemente no.

Entonces, ¿cómo debemos entender su muerte?

En la cultura judía lo habitual es que aquello que es impuro contagie y contamine por el contacto lo que es puro. Pues bien, aquí sucede lo contrario: EN LA PASIÓN DE JESÚS TODA LA SUCIEDAD DEL MUNDO SE ENCUENTRA CON EL INMENSAMENTE PURO, CON EL HIJO DE DIOS MISMO, QUE SE REVELA MÁS FUERTE. El mundo, con toda su injusticia y todas sus crueldades, entra en contacto con el tres veces Santo, mucho más poderoso que él y EN ESTE CONTACTO LA SUCIEDAD DEL MUNDO ES ABSORBIDA Y ANULADA MEDIANTE EL AMOR INFINITO DE DIOS MANIFESTADO EN LA CRUZ. De esta forma se hace presente y se activa en la historia la fuerza de Dios, infinitamente más grande y poderosa que la del mal, por más que ésta sea terrible.

De este modo respondemos a la objeción suscitada y tantas veces repetida a la que nos hemos referido: ¿Acaso no es Dios cruel

al exigir una expiación infinita, la de su Hijo? ¿No es esta una idea indigna de Dios? ¿No debemos quizás, en defensa de la pureza de la imagen de Dios, dejar de hablar de expiación?

El mal y la injusticia que deteriora el mundo es una realidad que existe y no puede ser ignorada, sino que tiene que ser vencida. ¿Cómo sucede esto? No exigiendo Dios el sacrificio de su Hijo, sino justo lo contrario: es Dios mismo quien se pone como lugar de reconciliación y, en su Hijo, toma el sufrimiento sobre sí. Dios mismo se introduce y se dona al mundo. Dios mismo «bebe el cáliz» de todo lo que es terrible, y restablece así el derecho mediante la grandeza de su amor, que a través del sufrimiento de su Hijo, transforma la oscuridad. Es lo que dijo Jesús a los hijos de Zebedeo:

“El Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10,45).

En la cruz, la oscuridad y lo ilógico del pecado se encuentran con la santidad de Dios en su deslumbrante luminosidad, que lo vence para siempre. Esto, que nos cuesta entender a nivel lógico, se nos ilumina cuando lo vemos plasmado en la vida de los santos e, incluso, en la nuestra.

CONCLUSIÓN

Concluyen aquí, estimados lectores, estas páginas sobre la pasión y muerte de Jesús en la cruz. Aunque nuestro estudio se centra en Mateo, en este punto hemos seguido al Papa Benedicto XVI, que estudia el tema integrando a los varios evangelistas.

En la cruz Dios ha llegado a la expresión máxima de su amor por nosotros asumiendo él mismo el peso de nuestros pecados y venciéndonos por su Hijo Jesús, que “se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz” (Fil 2,8). En medio del drama de la maldad humana, el sufrimiento y la muerte, Dios cumple sus designios en favor de nosotros los hombres, anunciados en la Escritura, y nos reconcilia con él abriéndonos el horizonte a participar de su vida -el Reino- en plenitud. ¡Jamás podría nadie haber imaginado tanto amor de Dios por nosotros!

Nuestras últimas palabras son las mismas de Pablo:

“El Padre... os conceda por el Espíritu... que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios” (Ef. 3,16-19).

Un abrazo fraterno.

Carlos Rey - SDB